

EL GOBIERNO ECLESIAL NECESITA UNA PUESTA AL DÍA

El autor desarrolla la tesis de que el liderazgo eclesiástico necesita una puesta al día. Y aunque tiene para ello muchos recursos en el ámbito propio, necesita mirar también a otros lugares de los que puede aprender: la economía, la administración pública y las organizaciones no gubernamentales.

Kirchliche Führung braucht ein Upgrade, Stimmen der Zeit 234 (2016) 505-506

Introducción

La Iglesia católica comparte, en su manera de organizarse, muchos temas con la industria, la administración pública y las organizaciones no gubernamentales: dispone de pocos recursos, atrae una gran atención por parte de los medios de comunicación, tiene una gran profesionalidad. Pero, a diferencia de la industria, dispone también de unas fortalezas notables: su fundamento normativo –la Escritura y la Tradición– es fuerte y motivador, pero es, a la vez, un correctivo crítico en cuanto a su modo de gobernarse. La mentalidad eclesial está orientada hacia el largo plazo y no a los informes trimestrales. Su internacionalidad se muestra no solo en su presencia global, sino en un tipo de identidad que se manifiesta, a pesar de su diversidad, en temas como la liturgia, la ayuda internacional o el desarrollo. Y no deja de admirar

el hecho de que la Iglesia como institución no esté motivada, en su proyecto, por razones de ganancia o rentabilidad y que siga existiendo a pesar de sus numerosas ramificaciones, mientras que la mayoría de las empresas no duran más de cincuenta o cien años.

Pero a estas fortalezas se contraponen también notables debilidades. La creciente cultura clerical dificulta que las mujeres puedan ocupar puestos de liderazgo en las diócesis y en el Vaticano. Y las estructuras diocesanas son monárquicas, sin que se pongan límites a la duración del cargo de obispo, a excepción del límite de su edad (75 años). A ello se añade que la mayoría llega a los cargos directivos (en las diócesis y en las órdenes religiosas) sin una capacitación para el liderazgo y se enfrentan a expectativas que a menudo no pueden cumplir. Y cuestiones de autoridad llevan a veces a fuertes conflictos que serían evitables. Los

mecanismos de control (*Check and Balances*), sobre todo en la administración de las finanzas, no han alcanzado el nivel que tienen en la industria, siendo así que la transparencia en las finanzas se ha vuelto un tema cada vez más significativo.

Cinco pistas de desarrollo se ofrecen en el campo del liderazgo eclesial:

1. Una actuación del gobierno eclesiástico, que sea “cercana a Jesús”, debe notarse que se inspira en él. Los relatos bíblicos deben interpretarse de modo que sean relevantes para las fuerzas de gobierno eclesiástico (y no solo allí), pues de lo contrario se corre el peligro de que con la profesionalización se pierda la relación con la base normativa. Se convierte, entonces, en una unidad administrativa eclesiástica, con los efectos secundarios que no se desean: despido interno, *compassion*, *fatigue*, cinismo. En cambio, el Papa Francisco muestra cómo él conduce la Iglesia a su fuente: a su fundador. Y muchas empresas (p. ej. las cajas de ahorros) harían bien orientándose por la intención de su fundador.

2. El tema del guiar y gobernar forma parte de la formación teológica fundamental. Una implicación más fuerte de los laicos en las tareas de liderazgo puede empezar con una formación común. Para los máximos líderes hay aún muy

pocas ofertas; se necesitarían formatos profesionales que fueran compatibles con la densa agenda del grupo de personas a las que se dirigen. El curso que se hace en Roma para los obispos recién nombrados tiene una buena intención, pero ya no responde a las necesidades reales. Habría que repensar su forma y contenido.

3. Habría que fomentar sistemáticamente la mirada más allá de las fronteras, hacia otras instituciones. Ayuda el que se mire hacia aquellos lugares en los cuales se hace visible la innovación y la dinámica. En los encuentros con otros líderes, con el interés en desarrollos nuevos y en la inspiración por medio del arte, la literatura y el cine se abren nuevos horizontes. El horizonte del liderazgo eclesiástico es el mundo y no solo la Iglesia.

4. Las reestructuraciones deben ser vistas como procesos espirituales, lo cual significa algo más que rezar al comienzo y al final de una sesión. La cuestión fundamental, a la que se debe supeditar lo demás, es cómo se puede seguir comunicando el Evangelio de un modo eficaz. Un proceso espiritual significa también que, de entrada, no hay resultados prefijados. Para ello se necesita libertad interior, mucha comunicación y una gran confianza en la fuerza del ideal. Esto resulta fatigoso, pero a largo plazo más productivo que unos programas estructurales que parten de premisas poco realistas.

Sería un buen motivo de empuje para las diócesis, si la reestructuración del Vaticano avanzara de modo más rápido. Desde hace tres años debería haber sido sustituida la reglamentación actual (“Pastor bonus”). Un primer balance intermedio debería ser posible ahora. Pero los pasos que se han dado, ¿son el máximo posible? Por otro lado, la cuestión del nombramiento de los obispos es una auténtica “obra de construcción”: decisiones transparentes, planificación personal a largo plazo y un sistema reforzado de dar cuenta de los obispos serían un contrapeso necesario a la concepción monárquica de su ministerio. Y en el campo de las conferencias episcopales se necesita una transformación de los “mapas mentales”: los obispos no solo son responsables de su diócesis, sino que tienen también una responsabilidad con respecto al territorio

de su Conferencia episcopal. A ello contribuiría una revalorización canónica de las conferencias episcopales.

5. La identidad cristiana debe ser bien facilitada en todas las instituciones eclesiales. *Outsourcing*, la externalización de las funciones de servicio, tiene una larga tradición en la Iglesia católica. El organigrama de cualquier diócesis y orden religiosa está lleno de empresas, institutos, fundaciones, entidades y obras. El liderazgo de estas organizaciones y la transmisión de la identidad cristiana es una exigencia creciente, pues si el “Espíritu” no se continúa transmitiendo, solo queda el “debe y haber” como criterio para tomar una decisión.

¿No podría ser lo que hemos tratado un tema del próximo sínodo de los obispos?

Tradujo y condensó: JAVIER CALVO